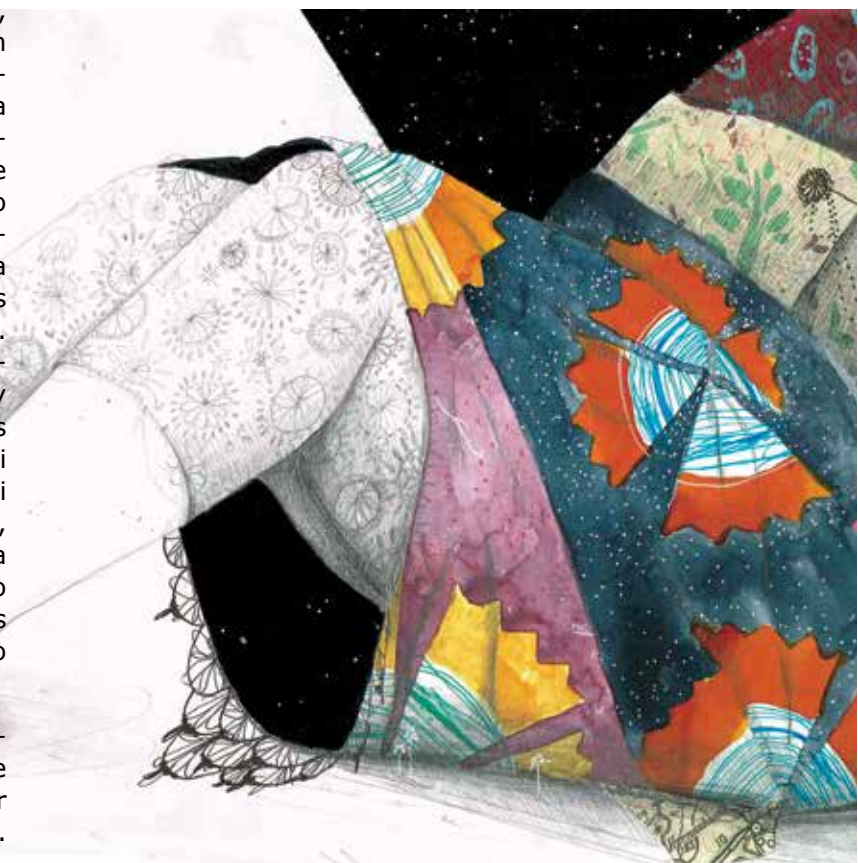


**E**va es maestra en una escuela en la que, para aprender, utilizan libros que pesan mucho y divierten poco. Sus estudiantes se aburren tanto que no hay un solo día que no discutan entre ellos, y solo se divierten cuando ven a un compañero burlarse de otro. De vez en cuando Eva recuerda cómo era cuando empezó a trabajar. Una maestra alegre que ayudaba a sus estudiantes a aprender con una sonrisa, pasando con ellos horas y horas en la biblioteca de la escuela. Pero con el tiempo las cosas fueron cambiando. La obligaron a hacer más exámenes, y en vez de enseñar debía dedicar muchas más horas a rellenar informes y papeles. Ya casi no tenía tiempo para conversar con ellos ni para pasar sus ratos libres en la biblioteca, que cambió, y en vez de libros ya solo tenía *ebooks*. Con los años Eva se ha ido sintiendo tan mal que su tristeza se extendió por los pasillos y las paredes de la escuela. Incluso sus alumnos se contagiaron de ella.

Al llegar las vacaciones de verano Eva ha decidido hacer un largo viaje. No sabe dónde irá ni qué aventuras vivirá, solo espera poder llegar a recuperar la ilusión por ser maestra.





Después de recorrer varios miles de kilómetros en tren se ha bajado en una vieja estación y ha comenzado a caminar sola para descubrir nuevos paisajes.

Mientras busca a un zapatero que le arregle sus botas, que han quedado maltrechas después de casi una semana caminando por campos y bosques, a la entrada de una pequeña ciudad ha conocido a dos jóvenes maestras con caras de preocupación y acompañadas por sus estudiantes. Un fuego quemó todos los libros de la escuela y ahora no saben cómo dar clase. Las mamás y los papás también están impacientes porque creen que sus hijos dejarán de aprender. Y los niños y niñas no entienden por qué los mayores están tan tristes, pero al verlos así se sienten igual de mal que ellos. En vez de seguir su camino, Eva decide quedarse con ellos durante unos días y, entre todos, crear materiales nuevos e inventar actividades y juegos con los que los estudiantes puedan seguir aprendiendo. Los niños del colegio están tan contentos, que le han enseñado a Eva juegos y canciones típicas de su país para que las comparta con sus alumnos cuando regrese a la escuela. Además, en agradecimiento le han regalado entre todos unas botas nuevas.

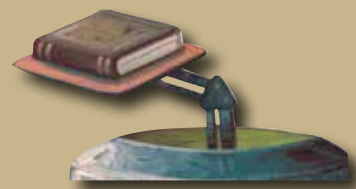
Después de varios días viajando a pie y en autobús, encontró a un grupo de familias muy pobres que trabajan pintando telas de colores. Como los niños no podían ir a la escuela porque tenían que ayudar a sus padres, Eva se ha ofrecido a ser su maestra y a pintar telas para que los pequeños dediquen su tiempo a aprender y jugar. Una semana después, y como gesto de gratitud, los niños de aquellas familias le han pintado de colores las uñas de los dedos de sus pies, y sus padres le

han regalado un hermoso vestido con telas que ella misma ha teñido.

Durante las siguientes semanas Eva ha conocido a muchas personas, incluso a maestras con las que ha compartido experiencias y risas. También ha disfrutado mucho contando cuentos e historias a los niños y niñas que la han acompañado en sus largos trayectos en tren o autobús. Y, por primera vez en mucho tiempo, se ha sentido otra vez maestra, disfrutando en compañía de niños y jóvenes con una gran sonrisa.

Otro día, junto a la fuente de un pueblo, oyó a tres adolescentes planeando cómo faltar a clase sin que sus padres se dieran cuenta. Y Eva, en vez de regañarles les ha contado cómo, gracias a lo que aprendió con sus maestros de ciencias, teatro y música se convirtió en una mujer más observadora, curiosa y creativa. Pero como no está segura de haberlas convencido, antes de marcharse a descansar las ha invitado a verse en aquel mismo lugar al día siguiente por la tarde. Lo que aquellas jóvenes no saben es que van a recibir una gran sorpresa.

Al día siguiente Eva fue visitando e invitan-



do a todos los artistas y maestros del pueblo a preparar junto a ella una gran escuela al aire libre. Cuando las tres estudiantes regresaron a la fuente aquella tarde vieron sorprendidas cómo los pintores junto al maestro de ciencias mostraban famosos descubrimientos con dibujos muy divertidos. Los escritores inventaban cuentos e historias con solo dos palabras, y los actores enseñaban a hablar en público sin tener que sentir tanta vergüenza. Los carpinteros creaban figuras de animales y partes del cuerpo humano con los que podían aprender mejor, y los músicos tocaban sus instrumentos mientras algunas maestras utilizaban las partituras para explicar matemáticas. Antes de acabar el día, las tres jóvenes amigas se sentían tan agradecidas y contentas por lo que Eva había hecho por ellas que le regalaron unas bonitas pulseras para sus tobillos, como recuerdo de aquel hermoso día repleto de enseñanzas y diversión.

Ha finalizado el verano, hoy es el primer día de colegio y Eva ya está en su clase. Los ojos le brillan de alegría, no hay libros de texto sobre

su mesa y... ¿está descalza? A medida que sus estudiantes entran van observando sorprendidos cómo los pies de su maestra están pintados de colores, tienen algunas cicatrices y de sus tobillos cuelgan unas extrañas pulseras.

Seño, ¿nos vas a contar qué te ha pasado en los pies? –le preguntan algunos.

En aquel momento, Eva recordó el rostro de todos los niños y niñas que conoció durante el verano, y que la ayudaron a darse cuenta de que nunca dejó de ser una buena maestra. Cuando todos sus estudiantes estuvieron dentro de la clase, les pidió que se descalzaran y se sentaran en círculo junto a ella en el suelo, y así poder responder a todas sus preguntas y seguir aprendiendo de ellos.

Cada ciudad y cada pueblo que Eva visitó aquel verano, en los que aprendió y enseñó, fueron como una gran escuela en este inmenso colegio que es el mundo en el que vivimos. Un lugar en el que siempre hay niños esperando que una maestra o un maestro les ayude a conocerse, a entender todo lo que les rodea, y a aprender de todo aquello que les pueda servir cuando sean adultos. En definitiva, a ser un poco más felices. ▴